



CAPITULO DUODECIMO.

Coliseo.—Reflexiones.—Arco de Constantino.—
Plaza del pueblo.—Palacio del Vaticano.—Sala
Regia.—Capilla Sixtina.—Capilla Paulina.—Es-
tancias de Rafael.—Logias de Rafael.—Galería de
las pinturas.—Su descripción.

QUIEN lo ha de creer! pero casi la tarde toda la hemos empleado en este riquísimo templo, é insensiblemente el tiempo ha pasado; sin embargo, nuestro ilustre é instruido guía dispuso nos dirigiésemos luego á ver, aunque fuera brevemente, el famoso Colosseo ó Coliseo.

Sin pérdida de tiempo los coches ó *vet-turas* se acercaron, y casi automáticamente quedamos colocados todos. No se nos olvide que estamos á siete y es día lunes; la

Iglesia celebra la festividad de Santo Tomás de Aquino.

Pocos minutos después estábamos al frente de un edificio de grandes dimensiones, en forma de teatro y que revelaba en su exterior sus muchos años, ó más bien dicho, los muchos siglos que de existencia cuenta. Luego nos bajamos y nos pusimos á mirar, adquiriendo los mejores y más exactos datos que nos fué posible.

Es éste el famoso Coliseo ó Anfiteatro de Flavio, que toma su nombre de este renombrado Emperador, quien, volviendo de la guerra judaica, lo hizo construir en la área misma donde tuviera sus huertos el infame Nerón, llamados huertos neronianos. Prescindiendo de su costo, que alguna suma respetable vino á importar, diremos que estaba reservado únicamente para los juegos de sangre. ¡Vamos, qué juegos tan bárbaros! Su solemne inauguración fué celebrada con combates de gladiadores, por casi doscientos días, habiendo muerto en dichos juegos, (fabuloso parece por cierto,) cinco mil bestias feroces y mil gladiadores. Concluidos estos juegos era costumbre presenciase el público unas guerras navales.

Dan ingreso al Coliseo dos escaleras. En el exterior se descubren tres órdenes de arcadas, intercalándose varias columnas que sostienen la cornisa. Estos órdenes se componen de ochenta arcos con otras tantas medias columnas y todo el edificio está adornado con infinidad de pilastras y ventanas. El primer orden es dórico, el segundo jónico y el tercero y cuarto corintios.

Hay dos entradas á la arena: una al frente y otra posterior. Según pude averiguar, por la principal entraba el emperador cuando había esas bárbaras diversiones, acompañado de sus familiares.

En los asientos podían acomodarse... 87,000 espectadores. A la izquierda y á la derecha del palco imperial tomaban asiento las vestales, árbitras de la muerte ó vida del infeliz que era vencido. A un lado del emperador se encontraba el prefecto de Roma, el que á una señal del primero daba orden de comenzarse la diversión. Millones de mártires fueron expuestos también en este sitio á las fieras y derramaron su sangre por la fe cristiana.

Aconteció que muchos espectadores, al ver tanta constancia en estos héroes del ca-

tolocismo, abjuraron de sus errores, y en lugar de ofrecer el incienso á los falsos dioses, á los ídolos de piedra, seguían las huellas que les marcaban los que morían y preferían también morir antes que volver atrás, explicándose así que lejos de que concluyeran con esa semilla tan fecunda de santos los malvados tiranos, se aumentaba y multiplicaba como por encanto. Así es que á varias y serias reflexiones se prestaba este lugar santificado con tanta sangre de atletas de la Religión Cristiana, y no podíamos menos que glorificar á Dios, tan santo y tan bueno, que de valor los llenara y de esta manera quedara confundida la pusilanimidad y cobardía de muchos, y sobre todo, de los modernos cristianos.

La noche se acercaba, y antes de retirarnos deseábamos, aunque ligeramente, mirar el memorable *Arco de Constantino* el Emperador, que á pocos metros de nosotros se encontraba situado; así es que, dando una vuelta por el exterior del Coliseo, nos dirigimos adonde habíamos determinado.

Este monumento fué erigido por el senado y pueblo romanos en testimonio de gratitud á este célebre Emperador, por la vic-

toria que había reportado sobre los grandes enemigos de la patria, Magencio y Licinio. Es de tres arcos y está adornado con ocho columnas de estilo corintio. Sobre el arco de en medio, que es el mayor, se destacan dos hermosas figuras de bajo relieve. La que se encuentra á la derecha, representa la entrada solemne de Trajano á Roma, y la segunda la restauración de la *Vía Appia*.

Nos sorprendió se encontrasen en este arco algunos hechos de este emperador; pero preguntando nos contestaron que la razón era que una gran parte del arco había sido conducido á este sitio, pues en su origen ó cuando fué levantado, su decoración consistía tan sólo en un soberbio carro triunfal tirado por cuatro briosos caballos, hechos todos de bronce.

Con esto terminó nuestro derrotero del día siete, y siendo ya tarde nos dispusimos á marchar, señalando para el día siguiente el Vaticano, es decir, sus habitaciones y museos, si posible fuese, pues nos afirmaban que no nos alcanzaría el tiempo; habríamos mucho que admirar, mucho que ver y mucho más que estudiar. En fin, nos resolvimos á ver lo que nos fuera posible.

Asaltamós los coches, y sin darnos cuenta del tiempo, ni de nada, cuando acordamos ya se habían detenido frente al Colegio Pío Latino Americano y hubo necesidad de descender, pagando las liras, que eran diez por todo el día. Acompañamos en seguida al señor Doctor á su habitación, y nos retiramos luego para ir á rezar nuestro Oficio Divino, y cumplir así con nuestra obligación, única por cierto que en estos venturosos días teníamos. "Eugenia," dijimos, y Eugenia como por encanto nos abrió las puertas, y nos pusimos á descansar un poco con el Breviario.

El ocho de Marzo nos dirigimos muy temprano á la Basílica de San Pedro, con el objeto de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, mientras los demás peregrinos, que eran seglares, iban á oír, y sin vanidad decimos que los mexicanos gozamos de la mejor fama como católicos, y á fe que en ello hay sobrada razón. No expondremos los motivos, porque no nos toca hacerlo; una pluma imparcial se encargará de ello, como ya más de una vez otras lo han hecho.

Lo necesario nos fué luego presentado, en vista del *célébret* que á cada sacerdote

nos acompañaba, contentándose tan sólo con uno que fué presentado. Una hora más ó menos pasamos en esta santa operación, y dadas las gracias respectivas, primero al Dios Augusto, que se había dignado poner su habitación en nuestros miserables pechos, y después al Padre Sacristán, que tan fino y deferente se había mostrado. Tomamos en seguida nuestros sombreros acanalados, y admirando una vez más esta suntuosa Basílica, nos arrodillamos ante los sepuleros de los Santos Pedro y Pablo, besamos el pie á la estatua del Príncipe de los Apóstoles, la Piedra Fundamental, el Pontífice Pedro, y nos fuimos retirando de este sagrado recinto.

Nos pusimos á tomar un ligero desayuno, pues no era posible, aunque tantos días hacía que habíamos abandonado nuestra Madre Patria, nuestra querida México, acostumbrarnos á otros alimentos. La manera de confeccionarlos, ó no sé qué, nos impedían que fuesen agradables. En fin, á las nueve de la mañana ya estábamos de nuevo molestando al señor Doctor, quien nunca jamás se excusó de acompañarnos, no obstante el mucho trabajo que tenía, pues

podimos averiguar que aun de noche escribía, para de esta manera no trastornar sus quehaceres y al mismo tiempo no abandonarnos. Nuestra gratitud será eterna, señor Doctor, y nunca olvidaremos vuestras finezas y bondades.

Antes de partir, le manifestamos que ya las liras estaban terminando, y en el acto dió providencias para sacarnos de este conflicto: ¿Cómo? preguntando al señor Mayordomo del colegio el modo de hacerlo con la mayor economía posible; y en la casa misma donde el colegio hace sus operaciones, en la respetable oficina del Sr. Bombelli, situada en la plaza del pueblo, *Piazza di Popolo*, nos presentamos con el señor Doctor, donde, con el simple conocimiento del Padre Rector, nos fueron descontadas las libranzas al mejor tipo del día.

De esta manera ya teníamos lo necesario para nuestros gastos, pues á la verdad que eran de alguna consideración; sin embargo, gracias á Dios, todos pudimos regresar á nuestra amada Patria gozosos y llenos de satisfacción, convidados para volver, si Dios nos da licencia y los fondos pecuniarios nos lo permiten.

Penetremos, pues, al Palacio del Vaticano y aunque sea brevemente daremos una vuelta. En tiempo de Carlo Magno junto á la Basílica de San Pedro existía un palacio que servía de morada á los Romanos Pontífices. Estando ya un poco destruido y casi por caer en tierra, el Papa Celestino III en el año de 1190 tomó providencias y empeño para su reedificación. Después cuando Gregorio XI trasladó la Sede Papal de Aviñón á Roma, vino á habitar este palacio y en él se celebró el cónclave por primera vez en el año de 1378. Julio II fué el Papa que más empeño tomó por darle amplitud y engrandecerlo, encomendando á Rafael la decoración de varias piezas del palacio, de donde toman el nombre de Cámaras de Rafael.

Este inmenso edificio se puede considerar como una reunión de palacios de construcción bastante regular y de ninguna uniformidad en el estilo; está dividido en un número bastante respetable de salas, galerías y capillas. Tiene ocho grandes escaleras denominándose la mayor *escalera regia*, construída por Bernini según las órdenes del Papa Alejandro VII, siendo una cosa

muy grandiosa, principalmente por la perspectiva que presenta.

Se encuentra luego la *Sala Regia* formada según la arquitectura de Antonio de Sangallo; está adornada de ricos estucos y las paredes contienen magníficas pinturas de bastante mérito, ejecutadas por varios renombrados artistas, contándose entre ellos los célebres nombres de Vasari, Zuccaro y otros muchos.

Trasladámonos luego á la magnífica é imponente *Capilla Sixtina* que por el año de 1470 reinando el Sumo Pontífice Sixto IV fué edificada, de donde tuvo su nombre y según los diseños de Baccio Pintelli. Las magníficas pinturas que adornan las paredes comenzaron á ejecutarse por Botiselli, mas reservado estaba al célebre Miguel Angel eternizar su nombre dando fin á ellas. El gran fresco que se encuentra sobre el altar es una hermosa pintura del Juicio final. En la parte superior encuéntrase otra que representa á Jesús con su Santísima Madre. En la parte media encuéntranse representados los siete ángeles del Apocalipsis que convocan á los muertos al juicio.

En la parte central de la vuelta, el célebre

Miguel Angel apuró todo su ingenio para representar con mucha viveza en nueve espaciosos cuadros la obra de la Creación del mundo y otros hechos memorables de la Sagrada Escritura, tales como el sacrificio de Abraham, la embriaguez de Noé, y el Diluvio que son los principales. Los profetas y las sibilas que predijeron la venida del Redentor, circundan esta serie de cuadros que completan la obra según parece que se propuso significar el artista.

En las paredes se encuentran varias pinturas tomadas de los mejores artistas del siglo IV. Comenzando por la pared de la izquierda descúbrese á Moisés en su viaje por el Egipto, de Pinturichio; Moisés conduciendo á los Egipcios, de Sandro Bottisselli; el Paso del Mar Rojo y Moisés que recibe las tablas de la ley en el Monte Sinaí; la Adoración del Becerro de Oro, obra de Rosselle; el Castigo de Coré, Datán y Abirón, de Bottisselli; la Promulgación de la Ley Antigua, de Lucas Signorelle. A la derecha encuéntranse el Bautismo de Jesu-eristo, de Pinturichio; la Tentación de Jesu-eristo en el Desierto, de Bottisselli; la Vocación de los Apóstoles San Pedro y San An-

drés, de Ghirlandaio; la Predicación sobre la Montaña y la Curación del Leproso, de Rosselli; Jesucristo que da las llaves á San Pedro, de Perugino; la Última Cena, de Rosselli.

Nos encontramos ya en la *Capilla Paulina*, derivándose su nombre del Pontífice Pablo III, que ordenó fuese construida por Sangallo. En las paredes encuéntrase seis magníficos freseos y tres por la otra parte. El primero que está á la derecha es trabajo de Federico Zaccari, el de en medio del reputado artista Miguel Angel. De los tres que están á la izquierda, el de en medio fué también hecho por Miguel Angel y los otros dos se deben al bruñido pincel de Lorenzo Sabatini.

El tiempo avanza, nos decíamos, fuerza es aunque contra nuestra voluntad, acelerar un poco el paso, pues de lo contrario nos quedaremos sin recorrer siquiera todos los departamentos y una breve relación podamos hacer de ellos, así es que no hay remedio, *avanti signori*, nos decíamos, y entramos luego á las llamadas *estancias de Rafael*. Estas son cuatro, á saber: la cámara del incendio de Borgo; la cámara de la escuela

de Atenas; la cámara de Eliodoro, y la sala de Constantino. En un principio todas ellas se encontraban cubiertas de hermosas pinturas de Perugino, de Lucas Signorelli y de algunos otros renombrados artistas.

Mas el Papa Julio II que había tenido oportunidad de admirar el genio singular de Rafael, fijándose sobre todo en el bello cuadro que expresaba la disputa del Sacramento, ordenó que fuesen guardadas con sumo esmero todas las pinturas que este sublime genio había ejecutado y que Urbinate procediese luego á decorar de nuevo estas cuatro salas, existiendo aún gran parte de lo que aún ahora admira el peregrino.

Describiremos, pues, aunque suscintamente cada una de las salas, comenzando por la primera que es la del *incendio de Borgo*, cuyo hecho histórico aconteció en el año 847, reinando San León IV.

El cuadro siguiente de no menor mérito, representa la justificación del Papa León III en presencia de Carlo Magno, rodeado de Cardenales y Obispos, protestando enérgicamente contra las calumnias de que era víctima.

En la tercera pared se describe con mu-

cha viveza la gran victoria que contra los sarracenos obtuvo el gran Pontífice San León IV en la ciudad de Estia.

En la última pared hállase representado en un bien formado cuadro la solemne coronación de Carlo Magno, verificada en la suntuosa Basílica Vaticana en el año de 1800 por el gran Pontífice León III.

La bóveda de esta cámara fué pintada por Perugino.

Pasemos á la segunda cámara, llamada de la *Escuela de Atenas* ó de los antiguos filósofos. El lugar de la escena es un bello y magnífico pórtico de exquisita arquitectura, encontrándose en el centro, y en un elevado sitio, los filósofos Platón y Aristóteles rodeados de una multitud de discípulos. Al otro lado se ve á Sócrates que conferencia con Alcibiades. En medio de la segunda grada enuéntrase Diógenes recostado, con un libro en la mano, y á la derecha á Pitágoras escribiendo, rodeado de sus discípulos. Otros muchos célebres personajes de la antigüedad se encuentran figurados en esta cámara. Allí se admira al Bramante, arquitecto célebre, al magnífico pintor Perugino y al mismo primer genio Rafael.

El cuadro que se encuentra al lado opuesto representa la disputa del Santísimo Sacramento, y es considerado como uno de los más bellos, hermosos y magníficos, producidos por el pincel de Rafael.

El cuadro tercero de la derecha figura el Parnaso, en donde se ven nueve musas, estando Apolo en medio de ellas, y en la parte inferior se muestran algunos poetas modernos y antiguos, como Virgilio, Horacio, Homero, el Dante, Bocaccio, Safo y algunos otros.

El cuarto y último cuadro representa á la Jurisprudencia, por medio de tres virtudes: Prudencia, Templanza y Fortaleza. En los lados de la ventana se representan dos hechos históricos: el uno, al emperador Justiniano, que forma el Digesto, por Triboniano, y el otro al Pontífice de feliz memoria Gregorio IX, que forma las decretales, por un abogado del Consistorio.

Las pinturas de la bóveda son obras también de Rafael, y se encuentran divididas en nueve cuadros, rodeados de una ornamentación de claro oscuro, sobre fondo de oro. Un grupo de ángeles que se ven en el cuadro del centro sostienen sin cansarse

las armas de la Iglesia. En los cuatro cuadros principales, la Filosofía, la Justicia, la Teología y la Poesía se representan por otras tantas mujeres. En los otros cuatro se ven la Fortuna, el Juicio de Salomón, Adán y Eva sentados en el desierto, y algunos otros hechos históricos.

Tercera cámara, llamada de *Eliodoro*.— A ésta vamos á entrar ya con el debido permiso y esperamos tener paciencia, pues todo llama la atención, y mucho es lo que á nuestra vista se presenta en este Vaticano.

El primer cuadro que en esta sala ve el peregrino es uno que representa á Eliodoro, rey de Siria, prefecto de Seneo Filipator, saqueando el templo de Jerusalén. En los momentos de cometer tan horroroso crimen, es arrojado del templo por dos ángeles armados que se presentaron y por un celoso caballero. Su dibujo es de Rafael, quien lo ejecutó con gran maestría, y las figuras parecen estar llenas de vida y energía.

El otro, donde se ven algunas mujeres, es pintura de Cremonese, y todo lo demás de Julio Romano.

Otro cuadro no menos importante vamos

en seguida á contemplar, ejecutado también por Rafael, y es el que representa al Sumo Pontífice San León el Grande saliendo al encuentro de Atila, que se presentaba á devastar la Iglesia, haciéndole retroceder lleno de terror, á la vista de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que en los aires se dejan ver en ademán de defensa.

El otro cuadro de este mismo célebre genio representa el prodigioso suceso que en Bolsena tuviera lugar en tiempo de Urbano IV, consistente en una hostia que destilaba sangre, cosa que Dios permitió para convencer á un sacerdote que se atrevió á negar la real presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

En estos últimos frescos, obras maestras como todos los que de su afamado pincel salieran, presenta algunos asuntos bíblicos, y entre ellos se ve aquel en que Dios se aparece á Moisés en medio de una zarza que ardía sin consumirse.

No terminaremos sin hacer mención de la pintura de Sanzio, en que presenta al gran Apóstol San Pedro en la cárcel de Herodes, sujeto con grillos y milagrosamente salvado por un ángel.

Ultima cámara, y hemos terminado con las cuatro que componen las estancias de Rafael.

Cuatro son los frescos que más llaman la atención de los que sus paredes adornan. El que representa la victoria de Constantino contra Magencio, en el que millares de figuras ya á pie, ya á caballo, de una parte y otra se agrupan con asombrosa confusión, no distinguiéndose quiénes son los que obtienen la victoria. Al gran piadoso Constantino, se le ve sobre un erguido caballo, dirigiendo lleno de valor y audacia su lanza contra su rival, que lucha por salir de las aguas, donde se encuentra sumergido hasta medio cuerpo.

El Papa Clemente VII ordenó á Julio Romano reproduciese las dos figuras de la Justicia y de la Clemencia, que había pintado Rafael.

En el cuadro que se encuentra al lado contrario se ve á Constantino recibiendo el bautismo de las manos del Papa San Silvestre, en el baptisterio de la Basílica Lateranense. Esta es una de las mejores pinturas ejecutadas por Francisco Penni.

Un hermoso mosaico hecho en el año de

1854, adorna el pavimento, y el cual se dice existía en la Basílica de San Juan de Letrán y fué trasladado por orden del inmortal Pontífice Pío IX.

Aunque en bosquejo, hemos dado cuenta de lo principal que llama la atención en estas suntuosas galerías, y no somos más extensos, porque la premura del tiempo no nos permitió recoger más datos y nuestra insuficiencia no nos ayuda; perdonarán nuestros lectores, pero siquiera un tanto podrán admirar las maravillas y riquezas que contiene. Ahora nos dirigimos á las llamadas *Logias de Rafael*.

El brazo de la izquierda está adornado con las mejores pinturas de Juan de Udine, el cual, para ejecutarlas, tuvo á la vista las hechas por Rafael. El de en medio es obra de varios célebres pintores, dirigidos por Roncalli, y el tercero fué decorado por Mantovani.

Se me olvidaba decir, para mejor inteligencia, que estas magníficas logias están divididas en tres órdenes, de los cuales el primero, aunque ligeramente, está ya descrito, faltando sólo anotar que su ornamentación es bajo todos aspectos admira-

ble, tanto por su riqueza en el trabajo, como por la variedad de objetos y su completa ejecución. Las bóvedas corresponden á las arcadas, divididas con perfecta simetría y ostentando magníficos festones vestidos de follaje y salpicados de flores bellísimas, frutas y aves de muchas especies.

El segundo orden contiene pinturas ejecutadas solamente por Rafael, de las cuales sorprende más la que adorna las bóvedas y la que se halla dividida en cuatro secciones, conteniendo cincuenta y dos cuadros al fresco, que representan varios pasajes del antiguo testamento.

El tercero y último orden fué decorado en gran parte con curiosos planos geográficos pintados por el Padre Ignacio Dante, cosmógrafo pontificio, y con preciosos paisajes por Brill. Sus bóvedas ostentan magníficos frescos que representan varias caprichosas alegorías.

Aunque era ya un poco tarde, no quisimos separarnos sin dar una vista, aunque fuese ligera, á las magníficas y exquisitas pinturas que encierra el departamento en que se halla para dar por terminada nuestra visita á este suntuoso palacio del Vaticano, reser-

vándonos para después, si se nos concedía el poder dar una reseña del famoso Museo que aquí mismo se encuentra.

Cerca de cincuenta son las escogidas pinturas que forman la riquísima galería de que nos vamos á ocupar. Comencemos, pues.

En la primera sala, advirtiendo de antemano que se cuentan en número de cuatro, se ven los cuadros que representan á San Jerónimo, por Leonardo Vinci y el de San Juan Bautista por Guercino; los misterios cristianos, por Rafael; la incredulidad de Santo Tomás, por Guercino; la Purísima Virgen María con su Divino Hijo y S. Jerniño, cuadro traído de Francia; Jesús muerto, la Santísima Virgen de los Dolores y otros por Cardo Crivelli; la Sagrada Familia por Garofalo; las tres virtudes teologales por Rafael; San Benito y otros santos, por Bonifacio Veneciano; San Jacinto por Gazzotti; el matrimonio de Santa Catarina, por Murillo; Nuestra Señora con su Santísimo Hijo, por Beato Angélico; la adoración de los Reyes magos, por Murillo, y por último, el nacimiento y milagros de San Nicolás de Bari, por Beato Angélico.

Sala segunda. La comunión de San Je-

rónimo, por Dominichino; la Virgen Santísima con su adorado Hijo, por Rafael; por último, la Transfiguración del Señor, siendo la obra de más mérito que ejecutara Urbinate.

Tercera sala, La Virgen Santísima con Jesús, del Ticiano; Santa Margarita de Cortona, por Guercino; el martirio de San Lorenzo, por Españaoleto; Santa María Magdalena, por Guercino; la Resurrección del Señor, por Perugino; la Virgen del Monte Luce, por Julio Romano; el Pesebre del Niño Jesús, por Rafael; la Coronación de la Santísima Virgen, por el mismo; la Virgen Santísima, por Perugino; la Virgen con su Bendito Hijo, por Sassoferrato; el entierro de Jesús, por Caravaggio; la Coronación de la Santísima Virgen, por Nicolás Alunno; Sixto IV, por Melozzo de Forti, y la Crucifixión, de Nicolás Alunno.

Ultima y cuarta sala. San Romualdo, por Andrés Sacchi; la imagen de Cristo, por Corregio; la Virgen Santísima en su trono, por César de Serto; la Santísima Virgen con Jesús, por Guido; Santa Elena, por Pablo Veronés; la Virgen con Jesús, por Buonvicino; el milagro de San Grego-

rio el Grande, por Andrés Sacchi; la Anunciación, por Barocci; el martirio de San Erasmo, por Ponsin; la Crucifixión de San Pedro, por Guido; y por último, el martirio de los Santos Proceso y Martiniano, por Caravaggio.

Era ya tarde, los relojes señalaban las doce del día, y los peregrinos tenían que retirarse, admirados de tanta maravilla, tanta riqueza y tanta magnificencia.

Hablamos acerca de si en la tarde, por algún rasgo de generosidad de los custodios del Museo Vaticano, podríamos conseguir la entrada.

Mas todos fuimos de opinión de no ser molestos, y dejarlo mejor para el día siguiente en la mañana, que era lo más oportuno, pues aunque no se podían visitar todos los departamentos porque así está reglamentado; sin embargo, veríamos los que por turno tocaba y después podríamos conocer todo lo que abraza y contiene, tanto monumento y tanta maravilla. Concluido esto, nos fuimos retirando no sin dar su considerable gala, como siempre lo hacíamos, á los *cicerones* ó personas que nos franqueaban la entrada, y por las partes que más interesaba

ver nos conducían, explicándonos cuanto posible era, atendiendo al poco tiempo de que disponíamos.

—A comer, mis señoritos, á comer—decía el señor Doctor y todos repetíamos lo mismo, separándonos luego para volvernos á reunir en la tarde; esto es, los que gustaran, á fin de que acompañados de nuestro inseparable compatriota visitásemos otros templos.

Nos veremos y hasta después.



CAPITULO DECIMO TERCERO.

Iglesia de Santa Cæcilia.—Lugar de su martirio.—Trinidad del Monte.—Billetes para la Audiencia Pontificia.—Museo del Vaticano.—Sala de la Cruz Griega.—La Sala de la Biga.—Galería de los Candelabros.—Museo Egipcio.—Museo Etrusco.—Galería de las Arras.—Sala Redonda.—Sala de las Musas.—Gabinete de las Máscaras.—Sala de los Bustos.—Sala de los animales.—Pórtico de Belveder.

EN breve descanso tan sólo habíamos tenido en nuestras habitaciones, dormitando un poco, rezando luego una parte del oficio divino que aun teníamos pendiente, y á las tres listos estábamos para nuestra cita en la casa habitación del Sr. Dr. Ruiz. Como de costumbre llegamos y después de saludarle con el aprecio que se merece, nos manifestó que sería bueno visitásemos la Iglesia de Santa Cecilia, la que